

VADO PERMANENTE de la irresolución de cualquier mapa de la ciénaga

Fernando Pérez Fernández

y más (o menos) aún, de la absurdidad que supone intentar además hallarle topología adecuada, una propia, estable, libre de errancias extremas, divagación baldía irreductible al paso anatemático sobre el enmoquetado que asquerosidades resbalosas de rigor siempre ofrecen, pues resulta imposible imaginar de qué manera podría considerarse eso un lugar, aquel barrizal del sueño del que ni sabemos por dónde queda, cómo hemos de dirigirnos a él, ni hace falta, pues él nos encuentra, nos encontramos con él de pronto, en él, estando consigo, vueltos ciénaga, revueltos, vomitando

y conviene arrojar una cita, aunque vaya untada en la temprana y áspera saliva de Beckett, derramarla pegajosa por dentro de las hondas orejas de todos porque –así ha de ser –, nadie lea con escrúpulos, *e fango è il mondo*. Repetid, con Leopardi, el mundo es barro.

Eso es la ciénaga, cuenca de ponzoña, lecho revuelto, que las patas de zancudas histéricas apalean sin pausa, con afanes de vero batán, aguas legamosas siempre hirientes, purulentas, reabriéndose con la tenacidad de los párpados; miríadas de vistazos de un instante que se ensañan contra la vida, constelaciones de llagas. Fantaseando. Demasiado permeable al discurso, lo recoge, lo encharca, lo atrapa en filigranas de mardescencias reputrescentes, tegumentos malsanos. Lo que va haciendo con el sentido, no está nada bien. ¿Lo hace ‘aposta’? Postas transportables –¿son las citas boyas flotantes, mondas, huecas?–, ciertas cláusulas informuladas permitirían abordar un trayecto viable (aun peregrino) tanto a través del texto presente, como de otros tantos, pongamos por caso: “*And yet it is useless not to seek, not to want, for when you cease to seek you start to find, and when you cease to want, then life begins to ram her fish and chips down your gullet until you puke, and then the puke down your gullet until you puke the puke, and then the puked puke until you begin to like it*”¹. Cusa de las vísceras.

Arcadas, los umbrales sucesivos del contrato, pruebas, *item* heteróclitos que desbordan los primeros capítulos del Tes-

¹ Watt, en la edición de sus obras reunidas. Beckett [2006: 203]

tamento, aquel que estructura una de las grandes obras de Jean Paul, *Flegeljahre*, años de pisaverde, malandanzas nada magistrales. PRIMERAS LUCES DE GALIBO, ENCONTRADAS POR AZAR [Pascal: Has de odiarte. Sin aflicción, sin consuelo; recobrado en la búsqueda, sin perseguir beneficios; evitando el agua, la moral. Entre el espíritu geométrico y el de fineza se desliza la gracia inadvertidamente]. La posta, luminaria apostada en las arenas movedizas, es también esa bola metálica, fría como la razón ilustrada, que Vult inserta dentro del oído del caballo de Walt para que ‘funcione’, abalanzándose hacia adelante en pos del cumplimiento de las condiciones pactadas. Cosa que la novela no llegará a conocer. Queda en suspenso. La historia es una excusa para mostrar ‘algo’; los fetiches que recibe el propio Jean Paul a cambio de componer la crónica de su desarrollo, de cantar la epopeya empresarial, sosteniendo la vigencia del documento legaliforme - ¿Para qué? – *à quoi bon?* –

Por las palabras del muerto.

Dentro de ese contexto imperan las reglas, las ‘voluntades póstumas’ de un personaje que sólo aparece en tanto muerto, fantasma omnisciente y omnímodo, antaño (en vida) un pastor protestante ejemplar, polifacético... ; mediante la fórmula citada, testamentaria, que hace depender la herencia proporcional al cumplimiento de aquellas ‘voluntades’, piedras miliare que marcarían el itinerario espectral de una *Bildung* caduca, ya impracticable, se exponen los felices e infames aspectos que imbrica la cuestión del legado, de legar. Tan presente en la obra póstuma de Giorgio Manganelli, *La ciénaga definitiva*, ‘fuente primaria’, foco primigenio que produjo esta infección, esta modesta charca de abyecciones. Allí el hallazgo de la pérdida, de ese desorientarse encontrado en inmundicia, fuera del mundo, expulsada de la posibilidad de coagularse con traza espacial, lenta pero no lo suficiente; pues bien, el descubrimiento de las figuras que conducen a esa aporía desfigurante, también se produce merced a un legado. En este caso de un supuestamente vivo, no muy de fiar, oculto en sombras. Probablemente un leproso. La montura, por su parte, parece al principio ser producto del azar, y sin embargo la trama poco después resulta que depende justamente de ese caballo, que ese caballo es el *daimón* de la ciénaga. Y la fatalidad reaparece.

[Los muertos se acuerdan / de nuestra indiferencia/ los muertos se acuerdan / de nuestro silencio / los muertos se acuerdan/de nuestras palabras...]

Aquel reducto absolutamente apartado de los hombres, vedado incluso a la crápula, es un regalo y un castigo y un destino recibido porque sí, porque no podía ser de otra forma. Expulsado de la ciudad divina, el protagonista sólo se detiene en la de los asesinos para recibir las señas (inútiles) del centro del barro, un punto inaccesible incluso a los ángeles, los arcontes de aquella, que nunca dejarán de buscarle. ¿Se trata por lo tanto de un refugio, un escudo-problema? Sin embargo, parece una estrategia lamentable, la elección del mal mayor innecesario; el pantano que deglute un visitante tras otro, sin excepciones. Nadie volvió de la ciénaga. Nadie fue allí nunca a propósito. Salvo el protagonista y su alazán, su protector y su guía. Él sabe qué hacer, es de la zona, se desenvuelve. Como el caballo de Jacques, que en tres ocasiones lo arrastra hasta las horcas caudinas, hasta el descalabro inexorable del jinete. ¿Quién es el hombre al que más debe, al que debe su vida, que le encontró, le cuidó?, le preguntará apenas recobrado a su amo, dentro de la magistral obra diderotiana. Y éste le contesta: se trata justamente, todo el tiempo se trataba, – cosa curiosa, destino tan cruelmente irónico y juguetón, – del propio propietario original del caballo, que además resultó ser – ironía redoblada, imparables, crítica, terminal... ¡cosa horrible hasta el éxtasis! – El verdugo. – Menudo *kairós*.

LECCIONES DE EQUITACIÓN

Sólo un miserable dispara a la montura. Por eso cierta gente, sujetos cotidianos, deciden ir trotando llevando a otros encima, deciden existir a cuatro patas, con todo sobre el suelo para estar más seguro de que no se caerá. Si es suelo ¿en qué yace? Si transporte, ¿adónde va? Se trata del esclavo, ciertamente, aquel que paga caro que le salgan las cuentas, aquel que no es capaz de deber nada. El esclavo considera de antemano que hay sólo amos y esclavos, y a él le corresponde lo segundo. Más tranquilo, más resistente. La densidad, ‘temperamento’, decide de antemano. Una descripción posible del asunto, lo anterior; superficial e inmediata. Para poder avanzar, resulta preciso recabar descripciones, ‘hechos’. El psicoanálisis, puesto aquí entre paréntesis, presenta ‘veraces’ descripciones introspectivas de los pacientes, emplea sus testimonios como punto de partida de la interpretación. Pues bien, tomando muy en cuenta el obligado sesgo que sus ‘manejos previos’ puedan imponer en la narración de su

² En la "Introducción al Masoquismo" que abre la edición de la *Venus* (*vid. infra.*), prologada también por él, Castilla del Pino presenta un extremo cuadro de ansiedad de castigo, que al transcribir las palabras del poseso nos ofrece una imagen ejemplar. Acaso por sí sola suministra un mínimo poder sugestivo a las hipótesis que la presente glosa contorna: «He perdido la dignidad de persona, he ofendido a Dios y me he convertido en animal por ausencia suya(...) es un deseo de ser un cuadrúpedo; y es que he perdido la personalidad y entonces me revuelco como un reptil». Y resulta clarificador, en la parva medida de lo posible, en tanto inmediatamente dicho caso se revela en su falta de libertad, su corresponder fundamental a una situación ya decidida. No se trata de una ascesis disimulada, compleja, sino de una auténtica caída compulsiva, inexorable, repetitiva. «Cuando está la familia delante es cuando lo hago; si estoy solo, no. Es como si tuviera el espíritu del mal dentro, y tuviera que sufrir y hacer sufrir a los demás». Sacher-Masoch [1973: 53]

³ Op. cit.

⁴ (Watt: una de las preguntas), en Beckett [2006: 190].

experiencia, podemos encontrar al menos datos² sobre ciertas vivencias previas a la terapia, y con ello constatar que la figura del cuadrúpedo, de la ciénaga, no fue puesta ahí durante el tratamiento, que tales emblemas se repiten de forma recurrente para articular la 'identidad', los usos y costumbres masoquistas. «Me paro, por último, y me entrego a un corto monólogo. Siempre uno es consigo mismo o muy amable o muy grosero. Soy un asno, me digo. Esta palabra ejerce una gran influencia, posee casi una acción mágica que me hace volver en mí. En un guiñar de ojos me tranquilizo. Vuelvo a sentirme alegre: ¡asno!»³. *Equus eroticus*. Hay que tener en cuenta por tanto que la animalidad parece perseguirse en tanto posición soportable ante la existencia, ateniéndose a ella dentro de ella, sin reflexiones; trátese de una avidez (de) moral, de economía energética, la postura representa una figura compacta, resistente, constituye una entereza complicada, paradójica. ¿No es el masoquista un alfeñique, una criatura exangüe que desea ser rematada, tan débil que sólo puede progresar en consunción, tal su meta? Acaso para el discurso analítico, reconozca o no en el principio de muerte las razones de tamaña perversión, a-versión del padre. Aquí, por el contrario, tras el cuerpo sin órganos de Guattari y Deleuze sabemos que en realidad no huye, sigue un plan. Mantiene una estrategia. Atrae la atención, luego asalta. Se entrega como un cepo. Pues «los regalos hacen esclavos como hacen perros los palos», dice un proverbio. Noble acémila. **Mischkin**, el idiota de Dostoievski. Tal vez una de las pruebas concluyentes para encontrar, con el círculo de Morgernstern, que existe «una cierta componente masoquista» en el autor, particular, prolífica. La polifonía Bajtiniana y otras interpretaciones dedicadas a la importantísima investigación de la alteridad que fue la obra del escritor, pensador, periodista; uno de los primeros en exponer una semblanza de la casuística nihilista, apresuradamente, en su diario, para después retomar la cuestión seriamente, sosteniendo la escritura dentro del trance de su decisión, de ir trazándose, encarnando la realidad, irreductible a una crónica que exponga opiniones *ad hoc*, o aún peor, una simple disquisición teológica, seguida de un juicio basado en las pruebas, la autoridad.

(«Sir,/ A rat, or other small animal eats of a consecrated wafer./1)Does he ingest the Real Body, or does he not?.../3)If he does, what is to be done with him?»)⁴

LOS CUIDADOS DEL HAMBRE

Mañana tendrás hambre. Y el día que sigue a mañana, también tendrás hambre. Y al día siguiente. Y al otro. Una y otra vez te tendrá el hambre, hagas lo que hagas. Nunca se ha sentido nada salvo el hambre –

«que debiera llamarse, como Felipe II – sobre todo en la última etapa de su reinado–, demonio del mediodía...». (Jean Paul, *La edad del pavo*). Así hacer Indias acaba resultando en la monda satisfacción del hambre flaca, vana, sarmentosa e inmunda por su procedencia. Cavilación, fantaseo. Podemos intentarlo de nuevo, empezar por aquí, por la necesidad y su indigencia. De lo fatal que contrapone ‘la hambre’ perdularia de Quevedo, obscenamente presente todavía y terrible, la inexorable garra de los ‘asuntos pedestres’, las minucias repugnantes que regulan de una forma u otra nuestras vidas; a la hambre de Indias argénteas, de quimeras. «Tenga usted cuidado con su ideal, pues es posible que le trate peor de lo que puede imaginar». Dice Wanda a Severino, la realidad a su esclavo. Fantasear deseando, se entiende. La alteridad siempre puede sorprendernos, por eso acaso suponga un determinismo mejor, servidumbre más llevadera, por entretenida, inescrutable.

[«...//Los muertos ven nuestras bocas/ sonriendo de oreja a oreja/ los muertos ven nuestros / cuerpos rozándose/ los muertos oyen / el ruido de nuestras lenguas//...», Tadeus Rozewicz (trad. Jan Zych)]

Librarse por entero a los fantasmas, ir corriendo hacia allí, donde los monstruos merodean, se agazapan incapaces de morar. Que el que va leyendo sea instruido mediante parábolas dentro de la escritura-divagación, babeante, que produce lo contrario a una vivencia, el acontecimiento inconclusivo del no realizarse, proliferación de irrealidad. Neófito de una nueva blasfemia, se adentra de forma imperceptible por las marismas que citas e imágenes enredan densamente, melaza tras la irrecusablemente constatada (– sólo: Eso –) desintegración de la posibilidad de toda coherencia al respecto, el desteñido de ciertas palabras demasiado tintadas, coloración virulenta... Así, ha decidido ‘hacerse carne de zombi’. Intentando poner en práctica, sin haber ni siquiera formulado la pregunta. *How to do things with ghosts?*

Acaso una “Introducción al masoquismo”, una infortunada presentación de la ciénaga, no pude suponer, como en el caso de la

muerte, como una muerte otra e inagotable, irrealidad diversa, sino un deslizamiento dentro, zambullida.

Experiencia augural la del contagio, se encuentra, se recorre, se asimila. Y luego nos parece que siempre estuvo allí. La granada amarga que en el cuento de Gide el hijo enajenado perseguía, prodigando yerros, hablando de ella se esporifica el sahumeriodeseo, luego hacen el resto restricciones. «*Pour faire sentir au lecteur le contraire d'une impression donnée, il ne suffit pas d'accoler une négation aux mots que la traduisent. Car on ne supprime ainsi l'impression qu'on veut éviter: on évoque l'image en croyant le bannir...*»⁵. Así, el análisis, la clasificación y esquematización diacrónica de las diversas componentes que intervienen en la patología masoquista serían ellos mismos patológicos, incitando a aquello que pretenden corregir, avivando las llamas con simulacros de incendio.

⁵ Razonamiento de Vendryès (la divergencia entre morfema gramatical y el “de expresión”, inasimilables el uno al otro), que M. Ponty lee más ampliamente de ésta forma: “Le sens est par-delà la lettre, le sens est toujours ironique”. Merleau-Ponty [1969]

Los apetitos son predecibles. La placidez del animal reside en su automatismo, parece, y por eso el que ‘se deja llevar’ resulta ‘réprobo’ según determinados preceptos morales (‘ímprobos’), que hacen del tal pretendiente a ‘hombre-bestia’ lo que le corresponde según Aristóteles, un despojado, un errante. El camino fácil: ‘querer ser la tierra’. Como el San Antonio de Flaubert, que le pide a Satán lo único que éste no le puede conceder, aquello que a éste mismo salvaría. Pero él, ansia, no. **Knott**. ‘Nudo’ negativo, fontana inagotable de la mierda, el fantaseador, consúltese Schiller, cómo termina su ensayo en torno a la Ingenioso y lo Sentimental. Elucubraciones del razonamiento inexacto, que descubre en la muerte nada menos que violentas inflorescencias vivas, pulsaciones animosamente encarnizadas. Ingenio miserable en la invención de la injuria que con esa misma operación, a la inversa, reduce los eventos, las vivencias, a rescoldos, cenizas, hologramas inanes que un asco mal llevado no permite frecuentar. – ¿Y todo eso a propósito, pretendes sostener? ¿Puede convertirse eso en programa? No seríamos capaces de tratarlo con detalle dentro de esta incipiente tentativa. Queda al menos desparramada la hipótesis, acaso alguien acabe embadurnado, chafando su compota, ahondando en el método de la deformidad; relacionándola con una ramplona constatación, sordamente manida: los ‘teóricos’, y además casi todos los poetas, no han hecho caso suficiente al apetito, no se hace de él un caso decisorio. Necesidades, indignas indignancias. Se adscriben sin más a la fatalidad, para estúpidamente olvidarse con ésta, integradas en una dinámica psicofísica rudimentaria; o peor aún,

a la irrisión de lo fortuito, del pintoresco detalle al que hay que responder con conmiseración automortificante. Los pobres *all-stars*, los mártires de un día, símbolos privados y egocéntricos del gazmoño Occidente (pesado pero felizmente pungente en la obscenidad de ciertas de sus denuncias, por sensatas, resulta recomendable el ensayo de Pascal Bruckner *La Tyrannie de la pénitence*, cuya idea básica glosamos); quedan atrapados en la virtualidad de su papel. Figurantes amparados por la precesión de los modelos, los ‘desfavorecidos’ son sólo una excusa para la Vieja Europa y su necesidad de hacer de aya. Aunque con el fin de justificar la estructura de su modelo el ensayista tenga que seguir con Freud confundiendo curiosidad y culpa, enfermedad y aburrimiento. Reza a los fantasmas sin consultar primero si Sade y Sacher-Masoch son de la misma Iglesia.

Las criaturas abortadas, las experiencias fallidas que sin embargo produjeron resultados, indeseables entonces como frugíferos luego, otra vez se apartan aquí, se echan a un lado y se arrumban. Mas nunca permanecen por mucho tiempo al margen, regresan zafiamente, perturbando a la postre el discurso, amargando el pastel. ¿Acaso estos señores no escriben para comer? ¿Entonces como es que escriben si no tuvieran que comer, si no tuvieran, es decir, que ir, ya se sabe... ¿Adónde, dónde? ¿Está escrito en el cielo, *là-haut*? Claro que no, aunque el filo aéreo del cálamo va hendiendo desgarrones transparentes en el aire por encima, superior, a la par (es un baile) que la otra extremidad, nefanda y aberrante parodia embreada en tinta, la presente, la que está aquí y blasfema, luego veremos por qué, sin atrevernos nunca siquiera a entender las condiciones materiales de producción de nada, una palinodia del abyecto. Sólo manteniendo que para este asunto la atención no debe alzarse, sino que ha de tropezar, tambaleante, para acabar por hundirse allá lejos, *en bas, plus bas, Là-Bas*.

Por ejemplo, puede estudiarse la exigencia (de una etiología del sistema digestivo, de la relación con las viandas, sus tablas de rangos) a través de una transposición figurativa al campo de la moral, analizándose por qué, en ciertas narraciones de clara implicación axiológica – ítem. la de Tolstoi –, las viandas más modestas, los alimentos rústicos, villanos, ‘abyectos’ en su acepción débil perdida tras la Revolución Francesa (tan fácil imaginar por qué como arduo asegurarse), resultan ser los más succulentos, los que apacientan las vísceras plantando placidez en sus

recodos. La buena digestión es la que hace caer a buen ritmo el bosto futurible procesado, sin sobresaltos ni fatales retrocesos. La gestión del declive encuentra en el buen ritmo su eficiencia. Así, los labradores, los mujik cuarteados, resultan prodigiosos con su estolidez impecable ante la muerte, su resignación casi pétrea.

«*La chasse est le fond de l'art./Le guet le fond de la contemplation./ La faim le fond du désir./ La carnivorie le fond de l'admiration.*
* *Le temps fut d'abord conçu comme prédation. L'être comme sa proie*». Pascal Quignard

⁶ Para el autor de Zadig, expone Blumenberg cómo «el hombre es hasta tal punto un ser curioso que, en la curiosidad, se desvanece incluso la preocupación por sí mismo». La reflexividad lucreciana, con resonancias empáticas, se esfuma por completo en la fascinación ante el desastre. Por eso muchos mueren aplastados contemplando los derribos de manera imprudente. Acaso, cabría aventurar con cierta mezquindad, provengan de ahí también buena parte de los populares impulsos de auxilio; el deseo del 'héroe' sería el de intervención dentro de la escena, la atracción descubierta, que no puede quedar a una pasiva recepción, que ha de realizarse en la gesta de la 'contemplación interactiva'. Si es que tal cosa no fuera imposible, ni aun asimilando la expectación a vivencia, experiencia compleja con diversas funciones operativas, reversibles. Metalepsis pretenciosa la que persigue un tal 'testigo', réprobo mártir no guardó las distancias, se implicó demasiado, queriéndose el autor del cataclismo cuando a la sazón no resultaba ser más que uno cualquiera que pasó por allí...

¿Qué puede saciarnos, qué nos concede el sosiego? *Pleonexia* es el término técnico para referirse a esa extraña dolencia del hambre inagotable, de un Tántalo del acto que por más que se asfixia de frutos, no calma el estómago, muere incesantemente inane, atiborrado... El hambre de existencia es lo único que existe, y nunca podrá hallar satisfacción.

– En todo caso, mira hacia adelante en el tiempo, por figuración proyectiva, imagina, los turnos de comidas y descansos, la suma de materia deglutida, los inmensos montones de inmundos detritos, la masa de la mezcla resultante. ¿A quién no le resulta repulsivo? ¿Quién, si bien lo piensa, puede ser capaz de soporarlo?

Un paso inestable a través de la ciénaga sería distinguir, exponer, relacionar melancolía, masoquismo y abyección. Ardua tarea que acaso no sería completamente vana, que aquí cabe tan sólo proponer, retrasar.

Hallarás de pronto por un azar cualquiera la catástrofe inmóvil, suspendida, una nube de escoria semántica, sin calificar, lastimosamente miserable, entretenimiento cuya absorta enjundia ¿te complacerá? Ciertamente. Resulta provechoso contemplarlo, y mientras vaya haciéndose, ocurriendo, te quedarás temblando, afuera, con la mirada fija y la conciencia vacilante, atenta tan sólo al desplome brumoso, silabeando los pasos que van componiendo el desastre espectral, siempre mal armados contra el pánico ajeno, ya no se puede hacer nada, nunca pudimos. Tanto mejor, pues *no hace falta*. Y siguiendo con Eso, recordarás más tarde que la voz "Curiosidad", recogida por Voltaire⁶ del hacerbo común, que su capricho escanciaba, resultaba al paladar un jugo enfermo. Por más que acompañara de forma insuperable

las carnes más jugosas, las sangrientas. Claro que para entonces no sabrás ya ni cómo ni cuándo ni de qué manera ha acabado gustándote esta forma de abrir los costados del asunto, cuerpo de lecturas eventradas, cáscara intacta y vacía, libre de ‘anhelos’, desahogada su envidia, sin marcas memorables, sin un paso.

No recordarás lo que has dicho.

How is it to be a Shark?

Para Maldoror, el poder del hombre es artificio, de segunda mano, ingenio derivado como él mismo, desde que él mismo difiere de sí, surge una pugna técnica que arriba a un resultado siempre aproximativo, la escollera del escrito final. Detritus encostrado, podre de ásteres, cizaña salitrosa, lapas, trozos de cordel petrificado. Por eso quizá en su primer canto sitúa ya al *Oh, vieux Ocean!* Sólo ante la autoridad autosuficiente del Océano puede rendirse, ceder. Sobre el pulpo/océano un tiburón Lautréamont, individualista abyecto. Uñas como dientes de escualo resentido, que se lanzó al naufragio en pos de aquellos pocos que flotaban aún, para rematarlos cuerpo a cuerpo, y luego unirse a aquella hembra de tiburón, su complementaria cartilaginosa (*je cherchais une âme qui me ressemblât*), la resbaladiza hediondez de la fatalidad. «*Es reitet eine Löwin auf den Wogen Oceanas / Eine Löwin der Schmerzen...*», escribió Nelly Sachs, de alguna forma recuperando una tal alma, horrendamente bella.

– Indicios: «*Ame royale, livrée, dans un moment d’oubli, au crabe de la débauche, au poulpe de la faiblesse de caractère, au requin de l’abjection individuelle, au boa de la morale absente, et au colimaçon monstrueux de l’idiotisme!*» Y para seguir con eso, conviene recordar esa manida sentencia, la de que no es siempre oro lo que reluce; es interesante que no suela añadirse, por más primario aún, que sin embargo aquello que apesta suele ser bazofia casi siempre, inmundicia aversiva, «*Qui te dit que tu n’en renifleras pas, baigné dans d’innombrables voluptés, tant que tu voudras, (...) en te renversant de ventre, pareil à un requin, dans l’air beau et noir, comme si tu comprennais l’importance de cet acte et l’importance non moindre de ton appétit légitime...*». «*La cruauté d’un requin, l’insolence de la jeunesse, la fureur insensée des criminels ...ce spectacle que j’adore*».

Ahora bien, expuesta la crueldad de Maldoror, la sonrisa sangrienta, volvemos al asunto principal, en torno al cual dibujan sus aspas dos aletas. El cuerpo mortecinamente hinchado del ahogado, las trizas de carne arrasada en las lejías del mar. También ese era Ducasse. Y nosotros; yo, tú, cada cual por su lado se odia. De esa crueldad participamos todos, es el emblema común de los hombres. Nuestra bajeza, nuestra iniquidad, nuestra innombrable vileza. Castilla del Pino hablaba sin decidirse de un (demasiado evidente) placer sádico o masoquista en la contemplación de un enfrentamiento de dos contendientes ('represión', 'desplazamiento'/'identificación'). Ahora bien, en el caso de un naufragio no hay más que un polo de la función, el otro lo ocupa 'lo inminente y fatal', el acontecimiento ¿puede ser sádico? El destino puede ser irónico, también cruel. Transferimos así nociones humanas. Nos lanzamos quizás con Lautréamont al agua, a rematar a los que aún se debaten. ¿Pues no ocurre que por esos mismos 'conceptos' lo humano se desfonda, es demolido?

Si tenemos en cuenta la importante proposición de la Ética de Spinoza, que enuncia que el sabio medita en la vida y no en la muerte, ¿no resulta hacerse el muerto una completa estupidez? (Además, no hay un límite. ¿Dónde acaba la abyección reflexiva, la negra ironía injurante?). Ahora bien, la puesta en discusión del determinismo está de fondo, el masoquista se mueve bajo la sombra de un presupuesto fundamental: no hay más que tiranos, lacayos, crueldad. Y acaso sea capaz de sobrepasar ese imposible vendiéndose en contrato, redactando su testamento en vida. Esa ambivalencia que supone una fuente inagotable de fértiles restricciones, productivos embargos y extremosa violencia de la desposesión. El éxtasis llega cuando no se puede más, caer más bajo, pongamos por caso. Igual que Barba Azul, Gilles de Rais, el más bestial de entre los blasfemos oficiantes de una misa negra que haya existido nunca, el buco terminal que troceó en añicos centenas de infantes, buscando cualquier cosa. «¿Y si dijéramos la misa de los vivos a los muertos?» (Samuel Beckett una vez más, *Molloy*).

De acuerdo, el tiempo se abalanza abriendo el camino por la floresta, es un animal despavorido. Pero ¿de qué huye el tiempo?

Lorsque nous serons morts, nous parlerons de vie.

Tristan l'Hermitte

Estaba muerto. O tal vez, con algo de suerte, estoy muerto. Mañana lo estarás, tú, que apenas lees, que no vas a leer ‘de un tirón’, sino por sacudidas, reproches; peor, quizás, con esmero; o acaso felizmente espigando a fugaces pellizcos olfativos, como antaño se paladeaba el rapé para alcanzar, sí, al menos en la comunión de dicho gesto, la connivencia aquiescente del Emperador; un remedo apenas decoroso, cuya prestancia, discreta, acaso lo reclame y conmueva dentro de su nicho, donde se encuentra aún, fresco, expectante. Suspendido.

«Stand forth, Nayman of Noland (for no longer will I follow you obliquelike through the inspired form of the third person singular...!)» FINNEGAN’S WAKE

El tercero. Hay en un rincón, *ese* rincón, el tercero que os observa. No mira una pantalla, ni una escena. *Vita omnia*, por todas partes, para todo. Con sus diversos sistemas de reglas, solapados, superpuestos y en fricción, bloqueándose, inyectados unos dentro de otros según una ingente masa de pautas, las cuales componen los ¿incalculables? órdenes que componen terca y nudamente la semántica, sí, ¿sólo eso? Sí, sí, sí ¿y? Y.

Supongamos. Mañana lloverá, caerá para ser más precisos una tromba terrible de líquido helado, gelatinoso casi por el frío, sobre la ciudad en que se encuentran estas páginas en este momento. Transformemos tal melaza en un aserto, pretencioso de veras, que dejamos inscrito sobre ellas, aquí. ¿Tiene parejo enunciado un valor de verdad, ahora? Ni cierto ni falso. Ni ‘a medias’. Ni ahora ni antes ni luego sin más... ¿o puede caminarse por el entre, con atención parcial a una versión y a su contraria, diciéndose a uno mismo el que camina, ¿cómo puede ser esto?, voy vadeando la ciénaga, de estragado sentido, entreverando lo más o menos comprobable a lo profusamente imaginado – para de pronto hundirse.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

-BECKETT, Samuel (2006), *The Groove Centenary Edition*, New York, Groove Press

-SACHER-MASOCH, Leopold von (1973), *La venus de las pieles*, Alianza, Madrid

-MERLEAU-PONTY, Maurice (1969), *La prose du monde*, Gallimard, Paris